
La mujer en el mundo indígena

Es muy difícil tener una imagen exacta de lo que fue el mundo indígena antes de entrar en contacto con la civilización occidental. Muchos de los testimonios se han destruido. Los que se conservaron han sido interpretados por espíritus en todo ajenos —y aun contrarios— a la constelación de valores que regía el funcionamiento de ese mundo; además, las contradicciones que surgen de la comparación de los datos, y la pasión que ciega a los historiadores. Para algunos el paraíso terrenal estaba situado en la América precolombina. Otros no se cansan de anatematizar las culturas prehispánicas como si no hubieran sido más que obra de inspiración demoniaca.

Algo es evidente: la distancia tan grande en la que nos hemos colocado. Desde allí juzgamos unos hechos que, sin embargo, no son tan remotos con el tiempo. A esa distancia el pasado nos parece exótico. Y, con una actitud malinchista de evasión y fuga de nuestra realidad y circunstancias inmediatas, proyectamos (en lo que ya no existe) la perfección y la felicidad. O bien —al constatar cómo las instituciones han dejado de ser operantes; sus expresiones artísticas nos resultan herméticas y sus signos

intraducibles— reaccionamos con violencia. Hemos perdido la llave para penetrar en ese mundo de feroces deidades y obsesivo deseo de sacrificio. Lo sentimos únicamente como un obstáculo levantado frente a nosotros. Y no entendemos que ese obstáculo ha de ser, para el desenvolvimiento de nuestra historia, lo que la resistencia del aire para el vuelo.

Así condenamos unas formas de vida de acuerdo con las categorías que regulan las formas de vida antagónicas. Porque no hemos llegado aún al grado suficiente de madurez como para comprender. Y carecemos todavía de la lucidez necesaria para advertir de cuántas maneras los ríos abolidos, la lengua enmudecida, las costumbres abandonadas, se perpetúan. Ocultas tras una máscara equívoca acechan en nuestra conducta, en nuestras reacciones más íntimas, en nuestro modo de entrar en relación con los demás y con nosotros mismos.

Pero basta de divagaciones y generalidades. Es preciso ir a lo único que está a nuestro alcance: la experiencia personal de la cultura precortesiana.

A quien lee por primera vez los textos indígenas, a quien contempla con atención sus monumentos y considera sus obras de arte, le sorprende encontrar una concepción matemática del mundo, una representación geométrica de la naturaleza y una expresión abstracta de lo humano. Observa, en todo el movimiento espiritual indígena, la intención de construir (sobre la multiplicidad de datos que entregan los

sentidos, sobre el tránsito de las cosas en el tiempo), el esqueleto sólido de un orden en el que los objetos se reducen a número, los espacios a proporción y los misterios a símbolo.

La raíz de esa necesidad de orden es el terror. Porque el hombre primitivo no capta, del ambiente que lo rodea, más que la amenaza. Y esta visión azorada se agudiza en el indio hasta el punto de convertirse en un verdadero sentido de la catástrofe. En esa orilla se mantuvo siempre expectante y angustiado. No era únicamente su particular manera de concebir el quiliasmo. Era la memoria del diluvio y de las muchas veces que fueron aniquilados los hombres. Era la crónica de sus largas peregrinaciones (cuando lloraban de frío y olían sus bastones para engañar el hambre), en las edades oscuras, antes de que se hiciera el alba de las tribus. Era la nostalgia por el reino perdido. Era el remordimiento por el destierro de un dios cuyo retorno anunciaban las profecías y era aguardado como se aguarda lo fatal: con una ambigua mezcla de miedo y de esperanza.

Situados en el centro de un alrededor de temibles potencias a las que era preciso aplacar constantemente con el sacrificio, su ademán fue la defensa. Lo mismo que el hombre primitivo frente “a ese loco furioso que es la naturaleza” reaccionaron tratando de ponerle, como decía Max Scheler, una camisa de fuerza. Esa camisa de fuerza es la creación de un orden cuya lógica no era, no podía ser aún, científica. La visión de los fenómenos estaba todavía entre los indios

fuertemente teñida de afectividad y de sentimientos; resulta por ello muy lejos de la verdad objetiva. El ámbito que la mentalidad indígena construyó para moverse y actuar fue el de la magia que “encadena los acontecimientos en organizadas sucesiones y trata de interpretarlos e influirlos de acuerdo con las alteraciones emocionales de los individuos” (Jorge Carrión, *Mito y magia del mexicano*).

En ese orden estaban comprometidos, agrupados todos los objetos; obedeciendo a una jerarquía, adquiriendo un rango, ocupando un lugar y desempeñando una función. El orden descendía de lo alto. En los trece cielos superiores habitaban dioses de diferentes categorías, oficios y atribuciones, aunque todos emanaban de un primer principio y una causa única. Su variedad no era producto del azar sino manifestación de la ley. En la sociedad humana el orden tomaba la forma de una división de castas: la sacerdotal, la guerrera, la de los mercaderes y la de los agricultores, cuyas obligaciones y privilegios se correspondían. Y por último en el submundo o infierno cada ser alcanzaba un grado de evolución determinado por su conducta anterior.

Tal era la tierra firme en la que el indio se movía y actuaba: un risco al borde del abismo. Cada gesto suyo estaba presidido por un canon. La minuciosidad y la complicación de su ceremonial nos muestran que el indio no se atrevía a tocar la realidad más que al través de formas consagradas. Consciente y temeroso de

que la más insignificante violación podía romper la base de ese orden, siempre provisional, y desencadenar la catástrofe, siempre inminente.

Orden para conjurar el desastre, jerarquía opuesta al peligro de la destrucción, ésta fue la consigna del mundo precortesiano, el pilar sobre el que descansó.

Es lícito preguntarse cuál era, dentro de ese orden y esa jerarquía, el sitio designado a las mujeres. Desde luego vemos que no es una posición fija ni inmutable sino que varía de acuerdo con las circunstancias en las que se desarrollaba la historia de los pueblos. Pero en general puede decirse que la preponderancia de un sexo sobre el otro está íntimamente ligada con el factor económico y con la capacidad mayor o menor que tuvieran para contribuir al mantenimiento del grupo social al que pertenecían. Durante la etapa nómada o ciclo de la caza se constituye un patriarcado, pues es el hombre quien suministra, casi de manera exclusiva, lo necesario para la subsistencia. Por ser la constitución biológica de la mujer inadecuada a tal género de vida no sólo se le consideraba como un elemento inferior sino también como un estorbo, como un lastre que la tribu tenía que arrastrar penosamente tras de sí. La maternidad era un valor de signo más bien negativo por lo que alteraba la precaria economía tribal. Además, como se ignoraba cuál era la parte que correspondía al padre en la procreación del hijo, los hombres no podían ver en él ni un objeto de su propiedad ni una forma de la supervivencia.

Precisamente la imposibilidad padecida por las mujeres de acompañar a los cazadores en sus expediciones (impedidas por las molestias del embarazo y el parto) las obliga a permanecer en un lugar. Así se inicia la sedentarización. En el ocio forzoso al que la mujer se ve confinada, se despiertan sus facultades de observación. Atentamente sigue el proceso de vida y desarrollo de las plantas. Por casualidad (si no queremos conceder nada al espíritu de experimentación) descubre la manera de cultivarlas. Las cosechas, por exiguas que fuesen, por estrechamente que dependieran del azar, representaban una ayuda para resolver el problema de la alimentación. Poco a poco, a medida que se conocían los secretos de los vegetales y se acertaba a domesticarlos, la importancia de esta ayuda fue creciendo. Su regularidad se impuso sobre la intermitencia de la caza hasta convertirse en la fuente primordial de abastecimientos. Se inaugura de este modo la forma de explotación de la tierra llamada horticultura a la que corresponde, en la organización social, el matriarcado, del que el *Popol-Vuh* nos transmite una vívida imagen.

En el capítulo IV de este libro maya vemos cómo vivía una familia típica de este periodo: la familia de Ixmucané. Es este personaje, dice Rafael Girard (“El Popol-Vuh, fuente histórica”), quien descubre la planta silvestre del maíz y la domestica. Por este motivo asciende al plano teogónico y es venerada, no sólo por los mayas, sino también por los huastecos, como la madre del maíz. Entre ambos nombres —ma-

dre y maíz— existe una relación etimológica que aún se conserva en los dialectos derivados del maya.

Una gran serie de descubrimientos (aparte del maíz, el del frijol, el del algodón y muchas otras plantas útiles; el invento del telar y el del moldeado del barro, etc.) se realizan durante el periodo hortícola matrilineal. Entonces el trabajo incumbe casi exclusivamente a las mujeres. Ixmucané, como caso ejemplar, atendía la huerta y las labores de la casa mientras sus hijos Hunbatz y Hunchoén eran “a un tiempo flautistas, cantores, pintores y talladores”. Además de las funciones del sacerdocio que los hombres jamás abandonaron en manos de las mujeres. Ante esta familia típica se presenta Ixquic, con el título de nuera. Pero es rechazada porque la descendencia sólo se reconocía por la línea materna y nadie podía incorporarse al clan si no era al través de la madre. A Ixquic no la admiten más que después de probar su habilidad (una habilidad casi milagrosa) para recolectar una gran cosecha. A pesar de todo es siempre considerada como una advenediza y sus hijos nacen, a escondidas de todos, en el monte. Pues en este periodo la maternidad era interpretada como el momento en que la persona de la mujer sufría la más grande humillación. Por lo mismo quien lo sufría debía ocultarlo como una vergüenza y como un estigma impuro.

Entre los hijos de Ixmucané y los nietos se establece una rivalidad. Los nietos conocen su linaje paternal y a él únicamente se atienen.

Proclaman además el valor del trabajo y condenan la ociosidad en que vivían sus tíos. De la pugna resultan vencedores. Comenzaron entonces, dice el *Popol-Vuh*, sus trabajos para darse a respetar ante su abuela y ante su madre. Lo primero que tienen que hacer es la milpa. “Al salir de su casa le encargaron a su abuela que les llevara su comida. —A mediodía nos traeréis la comida, abuela —le dijeron. —Está bien, nietos míos —contestó la vieja.” Con esta frase de sumisión la mujer renuncia a la propiedad y al cultivo de la tierra, a su influencia dentro del ámbito familiar y a la averiguación del linaje al través de la línea materna. Pero este consentimiento no era gratuito sino la consecuencia de causas económicas. Al crecer desproporcionadamente la población ya no bastó, para sostenerla, el fruto rendido por una parcela a cuya explotación se aplicaban medios muy rudimentarios. Era preciso crear técnicas nuevas y usarlas en mayor escala, es decir, cambiar la horticultura por la agricultura. Y de esto sólo pudieron encargarse los hombres. El patriarcado volvió a imponerse, y ahora más sólidamente, como una necesidad.

La mujer perdió de golpe su importancia. El nuevo orden había sido creado por los hombres para servir a sus propios intereses. Se instituyó desde luego la poligamia como una costumbre aceptada. Aunque la forma legal y característica del matrimonio fuera la monogámica, de hecho los guerreros como premio de sus hazañas, los nobles como privilegio de su

riqueza podían ostentar tantas esposas cuantas fueran capaces de mantener. Por otra parte la manera de entender la maternidad había variado radicalmente. Asentadas las tribus, con el problema de su subsistencia resuelto de modo satisfactorio, con la idea del imperio alimentando sus ímpetus de expansión y de conquista, los hijos venían a ser un medio más para el logro de sus ambiciones, una nueva forma de propiedad y de dominio. En cuanto a la mujer, negándosele como se le negaba la calidad de persona, su única justificación será la utilidad social que preste. Y como ésta no la da su trabajo ni su inteligencia, la dará su cuerpo. Su valor consistirá en ser fecunda. Ser madre será la función esencial de la mujer y a ella debería sacrificarlo todo. La esterilidad era atribuida siempre como una culpa (se suponía que la mujer estéril tenía pacto con el demonio y traicionaba a los dioses de la tribu), era motivo de afrenta y causa de divorcio. Pero en cambio la fecundidad no era un mérito del que la mujer podía gloriarse, sino manifestación de la voluntad benéfica de los dioses.

Cuando la mujer participaba la noticia de su embarazo a la familia, todos se reunían a darle la enhorabuena en largos y ceremoniosos discursos y a festejar el acontecimiento con un banquete. Ocho meses después volvían a reunirse (ahora únicamente los parientes ancianos) en un convite en el que se acordaba la elección de la partera. Luego la mujer encinta era sometida a ceremonias purificadoras (el baño de vapor o temascal) durante las cuales se invocaba la pro-

tección de las deidades de la tierra, del agua y de la agricultura, todas ellas relacionadas con la fecundidad. Estas ceremonias eran de índole higiénica y preventiva. El acontecimiento del parto se consideraba tan importante y tan peligroso que su espera estaba rodeada de una serie de prohibiciones y tabúes. La futura madre se abstenía de ejercicios y comía únicamente alimentos ligeros. No masticaba chicle pues su hijo podía nacer enfermo de la piel; bajaba los párpados ante el color rojo para que no cambiara de posición el feto. En caso de eclipse la mujer se ponía una máscara de maguey en el rostro y se escondía para que la maléfica disposición de los astros no la convirtiera en animal salvaje que devorara a los hombres. Si el eclipse era solar y lunar y la mujer no evitaba esta visión el niño nacía chato y con labio leporino. Ver a un ahorcado provocaba el nacimiento del niño con el cordón umbilical enrollado al cuello. Para protegerse de tantos peligros la mujer se ponía un cuchillo de pedernal y obsidiana en el pecho.

Cinco días antes del alumbramiento se trasladaba la partera a casa de la mujer encinta y se encargaba desde luego de la confección de los alimentos. Antes del parto se hacía tomar a la mujer una infusión de hierbas y otra de cola pulverizada de tlacuache y se le hacía entrar, las veces que fueran necesarias, al baño de vapor. La partera ayudaba a la parturienta con golpes, apretones y puntapiés, contribuyendo así, más que al fácil nacimiento del niño, a su muerte y a la de su madre. La partera, dice Sahagún, era

el terror de las mujeres pues veían en ellas a sus verdugos. Si la mujer moría (cosa nada improbable dada la barbarie de los métodos usados para tratarla) se lavaba su cuerpo y sus cabellos y se la adornaba con sus mejores ropas. Al anochecer el esposo la conducía a cuestras a la tumba y detrás de él, formando el cortejo, iba un grupo de ancianas que velaban por la integridad del cadáver. Era preciso defenderlo pues los guerreros jóvenes intentaban apoderarse de él para cortarle el dedo mayor de la mano izquierda, amuleto de buen agüero que daba suerte y valor en las batallas. La mujer era enterrada en el templo de Cihuacoatl y los parientes mantenían allí la vigilancia, no fuera que los hechiceros violaran la tumba para mutilar el cadáver quitándole el brazo izquierdo. Con él hacían filtros y encantamientos que servían para proteger a los ladrones.

El alma de la mujer muerta en el primer parto era inmediatamente deificada pues había alcanzado un grado de heroísmo tan grande como el del soldado muerto en el campo de batalla. Tanto el alma de la una como del otro iban a formar el cortejo del sol, acompañándolo en su trayectoria celeste. Pero el alma de la mujer podía, en ciertas épocas del año, volver a la tierra y aparecerse en forma fantástica. En las noches oscuras se escuchaban sus gritos y lamentos terroríficos. En los cruceros de los caminos, en las calles apartadas se veía su espantable figura que buscaba niños pequeños para raptarlos. A los que escapaban de ella los enfer-

maba de la piel. Esa figura no se desvanece aún. Vive todavía en la imaginación popular con el nombre de la Llorona.

Si el nacimiento era feliz se celebraba con un mes de fiestas a las que asistían los familiares y un sabio orador que recibía al recién nacido enumerando sus obligaciones y explicando a qué mundo había venido, encareciendo los trabajos y penas que tenía que pasar. Si el recién nacido era varón el cordón umbilical se enterraba en el campo de la guerra, indicando que allí estaría su vida. Si era niña el cordón umbilical se enterraba en el patio de la casa, porque allí transcurrirían sus días y ella no iba nunca a traspasar ese ámbito. Porque la niña habría de ser “como ceniza que cubre el fuego” y su presencia era para la casa “como el corazón para el cuerpo”.

Toda la educación tendía a realizar el ideal femenino de los indios. Del niño se ocupaba el Estado, entrenándolo para la milicia o para el sacerdocio puesto que estaba destinado a encargarse más tarde de los asuntos de la república. En cambio la niña permanecía en el seno de la familia. La criaban, dice fray Bernardino de Sahagún, para sordomuda. No se le permitían las palabras ociosas. El silencio era apreciado (junto con la castidad y la diligencia) como una de las virtudes fundamentales. Muy pronto los mayores exhortaban a la niña “a comenzar a hacer lo que es de su oficio. O hacer cacao, o moler el maíz, o hilar o tejer”; a que aprendieran muy bien “cómo se hace la comida y bebida”, a labrar y a hacer la pintura de las telas.

Pues la mujer sólo podía trabajar, dentro y fuera de su casa, como “hilandera, tejedora de labores, costurera, guisandera”. Había también, según la crónica de Sahagún, mujeres médicas que “son las que saben sangrar, purgar, untar el cuerpo, ablandar palpando lo que parece duro en alguna parte, concertar los huesos, sajar y curar bien las llagas y la gota y el mal de ojo y cortar la carnaza de ellos”. Sin embargo las ocupaciones de las mujeres eran tenidas como viles. Así lo prueba la frase de Hernando de Alvarado Tezozomoc cuando afirma que “no era otra cosa el fin de los mexicanos sino la victoria ganada en guerras y no estar sentados, haciendo oficios mujeriles, a oscuras”. La tacha de vileza se extendía hasta los instrumentos de los que se servían para ejecutarlos y que eran declarados abyectos. Así lo dice esta sentencia que encontramos en el *Popol-Vuh* y que pronuncian los vencedores a sus enemigos vencidos: “No tendréis más que tejas, marmitas, cacharros”, objetos, como dice la nota aclaratoria, propios para las tareas femeninas.

La mujer estaba siempre sujeta al dominio del varón. Mientras permanecía en su casa el padre tenía derechos absolutos y potestad de vida y muerte sobre ella. A este propósito encontramos un episodio muy ilustrativo en el capítulo III de la segunda parte del *Popol-Vuh*, “la historia de una doncella, hija de un señor llamado Cuchumaquic”, la cual por medios mágicos había concebido un hijo. “Entonces la adolescente llegó a su casa”, “Seis lunas se acabaron. Entonces ella fue examinada por su pa-

dre”, “el cual vio que allí había un hijo”. “Por lo que ordenó: Oh, consejeros de los varones, sacrificadla, recoged su corazón en una copa”.

Por lo que se ve la vida de la mujer no tenía valor. Sin embargo se le otorgaba un precio y servía como objeto de trueque. Así en el capítulo XL del *Popol-Vuh* se dice que los padres “pusieron precio a sus hijas; lo recibieron”. Y en el capítulo siguiente se explica por qué cosas las cambiaban, enumerando: “Allí bebieron sus bebidas, allí comieron sus alimentos, precio de sus hermanas, de sus hijas”. La venta se hace con una absoluta naturalidad y no como algo desusado o afrentoso. Y hasta se suscitaban entre los padres rivalidades de hombres de negocios. En el capítulo XLII se alude a conflictos pues las tribus “se envidiaban por el precio de sus hermanas, de sus hijas”. La mujer en cambio no tenía derecho legal de poseer nada. Los bienes, a la muerte del pariente varón o del marido, les eran arrebatados ya que se las suponía jurídicamente incapaces de heredar.

La influencia de la mujer en los asuntos de la comunidad era nula. Los asuntos políticos, militares y religiosos se arreglaban sin su intervención. En cuanto al arte (literatura, escultura, arquitectura), lo cultivaban únicamente los hombres y, hasta eso, no cualquier hombre. El que se dedicaba a estas actividades tenía que ser admitido en una especie de gremio que tenía mucho de sociedad secreta donde las claves del oficio se transmitían únicamente a los iniciados. Es natural entonces que no encontremos el

nombre de ninguna mujer ligado a estas actividades del espíritu. Fuera de su función de madre o de meretriz —es decir, de la utilidad que pudiera prestar a la tribu con su cuerpo— la mujer carecía de existencia lícita. La soltería y la viudez eran vistas con recelo y menosprecio. En cuanto a las “adúlteras” y las “hermafroditas” que consigna Sahagún en su minuciosísima crónica, no es necesario siquiera hablar de ellas pues, según el mismo historiador, “se contaban como muertas”.

La mezcla de desdén y sadismo con que el indio trataba a sus mujeres no era, sin embargo, gratuita. Estaba racionalizada por una serie de mitos que analizaremos a continuación.

En primer lugar el mito del origen. El hombre y la mujer no estaban hechos de la misma sustancia. En el *Popol-Vuh* se dice: “El tzité fue la carne del hombre; pero cuando por los Constructores, los Formadores, fue labrada la mujer, fue con el corazón de la hierba con la que se hacen las esteras”, con lo que, podemos decir nosotros, se coloca bajo los pies. El principio femenino no es sólo diferente del masculino. Es también antagónico. La aparición de la mujer está concebida como la de lo accidental frente a lo esencial que es el hombre. En el poema de “La creación de las cosas”, traducido por el padre Ángel María Garibay K. en su *Épica náhuatl*, se cuenta el episodio de este modo: los dioses, después de haberse complacido inventando al hombre, se pusieron a considerar que viviría triste “si no hacían para él algo que le

produjera alegría”. “Es menester —dijeron— crear algo que le haga tomar amor a la tierra, para que cante y baile, para que nos sirva y alabe. Oyó aquello el Dios del Viento y se puso a cavilar en dónde podría hallar lo que los dioses pedían. Vino a su memoria el recuerdo de una hermosa doncella llamada Mayahuel.”

Su ser, pues, es función del ser de otro y si no es por el otro ni se explica ni se justifica ni se mantiene. Así en el *Popol-Vuh*, cuando muere el gigante Vucub-Caquix muere inmediatamente su mujer, Chimalmat, pues su existencia había cesado de tener base en qué sustentarse.

En otro aspecto la mujer es la materia colocada frente a la forma. Como muchas civilizaciones, la civilización nahoa identificaba lo femenino con lo terráqueo, “las tinieblas en su estado puro” como dijera Montherlant que no son más que una masa amorfa mientras no actúa sobre ellas el principio ordenador del espíritu que es solar y masculino. La Señora de la Tierra se describe así en el poema antes citado de la Creación de las cosas: “un monstruo grandioso, lleno de ojos y de bocas en todas sus coyunturas. En cada articulación de sus miembros tenía una boca y con sus bocas sin número mordía como muerden las bestias. El mundo está lleno de agua cuyo origen nadie sabe. Por el agua iba y venía el gran Monstruo de la Tierra. Cuando la vieron los dioses uno a otro se dijeron: es necesario dar a la Tierra su forma. Entonces se transformaron en dos enormes serpientes. La primera asió al gran Monstruo de la

Tierra desde su mano derecha hasta su pie izquierdo, en tanto que la otra serpiente, en que el otro dios se había mudado, la trababa desde su mano izquierda hasta su pie derecho. Una vez que la han enlazado la aprietan, la estrechan, la oprimen con tal empuje y violencia que al fin en dos partes se rompe”. Y entonces, sobre las tinieblas, se hace el alba. “Semejante a un hombre era el sol cuando se mostró”, dice el *Popol-Vuh*. “Su faz ardiente secó la faz de la tierra” y petrificó a los peligrosos animales que la poblaban. “Quizá no estaríamos ahora desembarazados de la mordedura de los pumas, jaguares, víboras, cantíes, blancos entrechocadores, quizás ahora estaríamos sin nuestra gloria si los primeros animales no hubieran sido petrificados por el sol.”

El principio benéfico debe resultar vencedor al oponerse al principio tenebroso y hostil encarnado en lo femenino. Así lo vemos también en el poema de Huitzilopochtli cuando éste “para libertar al pueblo de su mal y daño” le aconseja que abandone a la hermana del dios (de nombre Malinalxóchitl pues ella poseía un poder “en encantos y hechicerías para matar a los que la enojaban. Manda ella a la víbora y al alacrán, al cientopíes y a la araña mortífera que los pique y así de ellos toma venganza”. Una noche, mientras la hermana dormía, la tribu partió sin dejar rastro por donde ella pudiera averiguar el rumbo que habían tomado. Al darse cuenta Malinalxóchitl de lo que sucedía, empezó a lamentarse y quiso dar alcance a los fu-

gitivos. Pero se hallaba preñada y su estado no le permitió seguirlos. En una región peñascosa dio a luz a un hijo al que puso por nombre Cópil. En él depositó su fe de venganza. El hijo, dice la crónica, “conmovido e irritado por las lágrimas maternas, prometió ir a buscar a Huitzilopochtli y procurar, por medio de artes y mañas, acabar con él y con los suyos. Indagaron sus pasos y supieron cómo moraban en Chapultepec. Fue Cópil entonces de pueblo en pueblo a encender los corazones de todos en contra de los mexicanos, publicando que eran hombres funestos, de malas y perversas costumbres. Las gentes y naciones, temerosas al recibir nuevas tan enormes, temieron admitir a tales gentes. Hecho su mal se subió a una montaña muy pequeña que emerge en la laguna, donde hoy brotan las aguas cálidas de una pequeña fuente. Allí quedó en espera de que los pueblos todos, conjurados en contra de los mexicanos, acabaran con ellos. Pero Huitzilopochtli vigilaba y mandó a sus sacerdotes que fueran a cercar aquella colina, que allí estaba Cópil, que lo tomaran y una vez vencido le trajeran el corazón. Fueron ellos, llevando a cuestas a su dios. Vencieron a Cópil, lo mataron, sacaron de su pecho el corazón, y, después de ofrecérselo a Huitzilopochtli, fueron a echarlo a la laguna, en medio del tular y fue en la fuerza del empuje a caer en Tlalcocomolco; de ese corazón nació la planta de nopal salvaje en que más tarde hallaron el águila que marcó el asiento en que se levantara la ciudad de Huitzilopochtli”.

Hay también en el poema Mixcoatl otro episodio en el que se narra muy bellamente la sumisión de las mujeres. Dice que los cazadores Xiuhnel y Mimich iban persiguiendo a dos siervos bicápites. Durante un día y una noche, por tierras escabrosas, caminaron preparando trampas pero los siervos sabían burlarlas. Hasta que, cuando ya iban a cogerlos, los siervos se convirtieron en mujeres y comenzaron a gritar, diciendo: “Xiuhnel y Mimich ¿en dónde estáis? Venid a comer; venid, venid a beber. Y así que ellos las oyeron, uno a otro se decían: llamémoslas aquí. Las llama entonces Xiuhnel y les dice: ven acá hermana. Ella llega y le dice: —Xiuhnel, bebe. Y Xiuhnel, tras beber la sangre, se tiende con ella, la oprime, la mordisquea y al fin la desfibra. Se vuelve a Mimich y dice: —he comido lo que es mío”.

“Allá está en pie la otra mujer llamándole y le decía: ‘Varón mío, ven y dignate comer. Pero Mimich no la llama sino al momento dispone los maderos de hacer fuego y una vez que lo ha encendido se arroja al momento en él Mimich y la mujer le sigue, lanzada a él con presteza. En el fuego están los dos’. Ella al fin sale, se lanza fuera y se aleja. Va lentamente apartándose, va trenzando sus cabellos, va haciendo el afeite de pintura de su cuerpo, va llorando porque lo suyo ha sido comido.”

Pero no basta la sumisión. Es preciso cambiar el signo de lo femenino. Hacerlo positivo, convertirlo en un elemento útil al grupo. Esto puede ser al través de la maternidad. En el

mismo poema de Mixcoatl tenemos una narración de cómo sucede un acontecimiento de este tipo. Dice así: “Ya va en seguida Mixcoatl a conquistar a Huiznáhuac y en su camino encontró a una mujer de nombre Chimalman. Al momento pone en tierra su escudo y apresta sus flechas y su lanza dardos. Ella se yergue ante él enteramente desnuda: sin faldellín, sin camisa. No bien la miró Mixcoatl se puso a lanzarle dardos. El primer dardo que le asesta sólo sobre de ella pasa. Ella no hace más que encogerse, inclinando la cabeza. El segundo que le asesta, fue a dar al costado de ella y allí quedó doblado. El tercer dardo que él le asesta ella lo toma con la mano. El cuarto dardo que le asesta pasa saltando y va a caer entre los agaves. Cuatro dardos lanzó solamente Mixcoatl y se alejó en su camino. También la mujer huye luego y a un lugar va a esconderse que se llama las cuevas rojas. Regresa otra vez Mixcoatl, se aderezó y vino a lanzar dardos. Vino de nuevo a buscarla y la busca y no la ve. Entonces comienza a maltratar a las mujeres de Huiznáhuac. Ellas entonces dijeron: vayamos en busca de aquella a quien él ha venido a aprehender. Fueron y cuando la hallaron le dijeron: —te anda buscando Mixcoatl; por tu causa a tus hermanas maltrata. Y la toman y la obligan y ella viene a Huiznáhuac. Y otra vez la ve Mixcoatl y otra vez se enfrenta a ella. Ella es la misma, ahí está en pie, desnuda. Pero ahora tiene el cuerpo pintado de rojo y amarillo; allí se yergue, delante. Otra vez él pone el escudo en tierra, apresta sus dardos y de

nuevo lanza sus tiros contra ella. Una flecha pasa arriba, otra se clava en su costado, otra su mano la coge y otra va a caer en medio de los agaves. Hecho esto, ya vencida, yace al fin con ella. De lo cual ella queda encinta. Cuando iba a nacer el niño por cuatro días se revolvió en el seno de su madre con fuerza impetuosa y al fin vino a nacer. Y al nacer la madre murió”.

El sacrificio de la vida de la mujer se hace siempre en aras de la fecundidad. En el poema de Quetzalcoatl en Tula vemos cómo lo exigen los dioses y cómo se lleva a cabo para propiciar a los que hacen posibles las cosechas. Muestra primero el poema a qué grado de hambre había llegado el pueblo, por haber padecido cuatro años de sequía. Y luego llega un mensajero de los dioses que “piden a Tozcuecueh, la vida de los mexicanos y si los dioses la comen a ella, aún habrá para los moradores de Tula sustento.” Por cuatro días hacen penitencia y ayuno los mexicanos. Y cuando acabó el cuatrídúo, ya llevan a la doncella a Pantitlán. Su padre mismo la lleva y allí en seguida la mata [...] Y luego al punto se nubla y luego al punto llueve; llueve con fuerte aguacero y llueve por cuatro días; día a día, noche a noche, agua que da sustentos. Ya brotan las variadas legumbres y toda clase de yerbas; ya brota también la grama y el maíz crece medrando. Sembraron entonces los de Tula: veinte o cuarenta por uno de su campo se cosecha. Bien dado y muy bien logrado el maíz fecundo se dio.”

El principio femenino es el que preside el nacimiento de la carne y el que la sustenta.

Pero como la carne es lo que perece, lo que cambia y se descompone, lo que muere, es también femenina la deidad que vigila estas fases del ciclo vital. En la mitología maya es una diosa —Ixtab— la patrona de los suicidas a los que lleva a morar al paraíso situado bajo la sagrada ceiba. Entre los aztecas Tlazolteotl era la tierra que amando tanto a sus hijos, ansiaba volverlos a su regazo. No era únicamente diosa de los muertos sino también de la basura, de los pecados. Los agonizantes se confesaban con ella suponiendo que “tragaba sus culpas”. Se la representaba de frente, vestida con la piel desollada de una mujer, significando la continua renovación de las generaciones y dando a luz a una criatura encadenada que representa a la especie humana.

Es también la mujer considerada como un instrumento pero por lo general para fines maléficos. Así por ejemplo en el capítulo XXVI del *Popol-Vuh*, al referir uno de los ensayos de creación intentado por los dioses, hicieron hombres tan perfectos que “acabaron de conocerlo todo, de mirar a las cuatro esquinas, a los cuatro ángulos en el cielo, en la tierra [...] Los Constructores, los Formadores, no escucharon esto con placer. No está bien lo que dicen nuestros contruidos, nuestros formados. Lo conocen todo, lo grande, lo pequeño, dijeron [...] serán como dioses si no engendran, si no se propagan, cuando se haga la germinación, cuando exista el alba; solos, no se multiplican [...] Solamente deshagamos un poco lo que quisi-

mos que fuesen [...] Entonces existieron también sus esposas, vivieron sus mujeres”. Con la misma intención los dioses nahoas se sirven de Xochiquetzal, para perder a Yauhpan, que vivía como anacoreta en una montaña. “Subió, dice el poema de Tlaloc y Xochiquetzal, sobre una alta roca en escabroso desierto y en aquella roca de forma cónica llamada Tambor de Piedra se puso a hacer penitencia viviendo en castidad. Tuvieron recelo los dioses de que fuera fiel a su intento y le enviaron a Yaotl, el enemigo, que es una de las formas de Tezcatlipoca. Fue él a poner a prueba su virtud. Él envió una en pos de otra, varias mujeres que le incitaran al mal, pero Yauhpan resistió a todas las tentaciones. Al fin llegó Xochiquetzalli disfrazada y se acercó a la roca y ganó la confianza del eremita y le rogó que le mostrara el camino para subir a la roca. El penitente baja y la sube a su morada. Allí olvida su penitencia y rompe su guarda de castidad. La diosa se aleja entonces. Una vez vencido el guerrero, está a merced de su enemigo. Éste viene y lo mata.

En el capítulo XXXVI del *Popol-Vuh* encontramos otro episodio en el que dos doncellas son enviadas por los jefes de la tribu para probar si son de origen divino unos mancebos que se les habían aparecido exigiéndoles sacrificios humanos. Los mancebos prueban su divinidad despreciando a las doncellas.

Pero ahora vamos a ligar, de una manera mucho más directa, la idea de la mujer con la idea de la catástrofe. De esta manera nos que-

dará claramente explicado el sitio que ocupaban en el orden.

Son varios los hechos que consigna la mitología indígena. Se dice, por ejemplo, en el poema de la *Creación de las cosas*, que el diluvio —y con él la extinción del género humano— aconteció en el año en que “presidía la diosa de la Falda de Jade”, el consejo de los dioses. Y fue otra mujer, Xóchitl, quien durante el reinado del rey Tecpancaltzin se presentó llevando su descubrimiento de miel de maguey o pulque que es “como beleños, que sacan al hombre de su juicio, de lo cual mucho se apartaron y temieron los viejos y las viejas y lo tuvieron por cosa muy aborrecible y asquerosa, por cuya causa los senadores y señores pasados ahorcaron a muchos y a otros quebraron las cabezas con piedras y a otros muchos azotaron. Este vino es raíz y principio de todo mal y toda perdición, causa de toda discordia y disensión y de todas revueltas y desasosiegos de los pueblos y reinos, es como un torbellino que todo lo revuelve y desbarata; es como una tempestad infernal que trae consigo todos los males juntos. De esta borrachería proceden todos los adulterios, estupro y corrupción de vírgenes y violencia de parientes y afines; de esta borrachería proceden los hurtos y robos y latrocinios; también proceden las maldiciones y testimonios y murmuraciones y detracciones y las vocerías, riñas y gritas. También es causa el pulque de la soberbia y altivez y tenerse en mucho diciendo que es de alto linaje y menosprecia a todos y a ninguno esto ni tiene

en nada y causa enemistades y odios; los borrachos dicen cosas desatinadas y desconcertadas porque están fuera de sí [...] El borracho es loco y hombre sin seso que siempre come el tlapatli y omiztli; éste tal es testimoniero y mentiroso y sembrador de discordias, hombre de dos caras y de dos lenguas [...] El borracho nunca tiene sosiego ni paz ni jamás está alegre ni come ni bebe en quietud. Muchas veces lloran estos tales; siempre están tristes, son vocingleros y alborotadores de las casas ajenas; después que han bebido cuanto tienen hurtan de las casas de sus vecinos las ollas y los jarros y los platos y escudillas; ninguna cosa dura en su casa, ni medra. No tiene qué vestir ni con qué cubrirse, ni qué calzar, ni tiene en qué dormir; sus hijos y todos los de su casa andan sucios y rotos, porque el borracho de ninguna cosa tiene cuidado”. Éste fue el don que Xóchitl hizo a su pueblo y para premiarla el rey Tecpancaltzin se desposó con ella. Tuvieron un hijo —Meconetzin—, quien comenzó a cometer delitos. La nación toda siguió su ejemplo y el rey, la corte y los vasallos, todos se anegaron en vicios; reinaba doquiera la disolución. Tal fue el fin del reino de Tecpancaltzin.

El fin del reino de Quetzalcoatl fue precipitado también por una mujer. Lo cuenta así fray Bernardino de Sahagún: “Y el Huemac, que era señor de los toltecas en el temporal, porque el dicho Quetzalcoatl era como sacerdote y no tenía hijos, tenía una hija hermosa y por la hermosura codiciábanla y deséabanla los dichos

toltecas para casarse con ella; y el dicho Huemac no se la quiso dar a los dichos toltecas. Y la dicha hija del señor Huemac miró hacia el tiánquez y vio al dicho tobeyo (indio forastero, desnudo todo el cuerpo como solían andar aquellos de su generación), y después de haberlo visto la dicha hija entróse en palacio y antojósele aquel tobeyo, de que luego comenzó a estar muy mala por el amor de aquello que vio; hinchósele todo el cuerpo y el señor Huemac supo cómo estaba muy mala la hija y preguntó a las mujeres que guardaban la hija: ¿Qué mal tiene mi hija? ¿Qué enfermedad es ésta, que se le ha hinchado todo el cuerpo? Y le respondieron las mujeres diciendo: Señor, de esta enfermedad fue la causa y ocasión el indio tobeyo que andaba desnudo y vuestra hija lo vio y está mala de amores”. Por lo que el Huemac envió a buscarlo y una vez que fue hallado y llevado a su presencia se le desposó con su hija. Esto, naturalmente, dio lugar a las murmuraciones y las envidias de los nobles que se veían pospuestos por un esclavo en el favor del rey. Empezaron entonces a armar asechanzas pero el tobeyo (que no era más que una forma de los poderes oscuros que deseaban la ruina de Quetzalcoatl), supo esquivarlos y vencer hasta convertirse en el héroe del país, preparando así la decadencia y destrucción de éste.

Los mitos norman la vida de los pueblos. Intervienen en la conformación de su realidad y sirven de clave para interpretar los acontecimientos históricos. El mito no sólo recoge ele-

mentos de la experiencia del pasado y los ordena de acuerdo con ciertas categorías mentales, sino que prefigura el porvenir y lo provoca. El profeta, al hablar de lo que vendrá, está tratando de determinar los hechos, de moldearlos adaptándolos a los más secretos y constantes anhelos y modos de ser de su raza.

Los indios al recordar tan vívidamente las catástrofes pasadas estaban preparando las futuras. Fue esa expectación la que atrajo a los conquistadores hasta el corazón del país donde, con tanta intensidad, latían los presagios. Y para que nada faltara en el esquema psicológico del indio la catástrofe vino, una vez más, guiada por la mano de una mujer: la Malinche.